

SERMON 3.^o

DE LA INMACULADA CONCEPCION

DE MARÍA SANTÍSIMA.

Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.

Es obra grande, porque no es para un hombre para quien se dispone habitación, sino para Dios.

I. Paralip. cap. XXIX, v. 1.

Dios que habia escogido á Israel para que fuese su pueblo propio y peculiar, haciéndole teatro de sus bondades y misericordias, ordenó le fuese edificado un templo suntuoso, en el cual habia determinado aceptar las ofrendas y sacrificios que le ofreciesen, teniendo sus ojos abiertos y sus oídos atentos á las oraciones que en aquel lugar le fuesen dirigidas. David, á quien Dios se habia manifestado, convocó á Jerusalem todos los príncipes de Israel, los caudillos de las tribus y los jefes de los cuerpos que le servían, juntamente con las demás personas notables de su reino y sus hijos, á todos los cuales hizo saber su pensamiento de edificar una casa en la que reposase el Arca de la Alianza del Señor, para lo que tenia

acopiado todo lo necesario, pero que Dios le habia ordenado no fuese él quien llevase á cabo la fábrica de aquel templo, porque habia manchado sus manos en sangre, siendo su voluntad que Salomon su hijo, á quien habia escogido para que se sentase en el trono de Israel, fuese el encargado de edificarle. A continuación exhorta al pueblo á guardar con fidelidad los mandamientos del Señor, y después de dar á Salomon los más oportunos consejos para que supiese agradecer la elección hecha por Dios de su persona, le dá el diseño del templo, de sus átrios y de las habitaciones que habian de ocupar los sacerdotes y levitas, dándole oro del más fino en abundancia para las diez mesas de la proposición, candeleros y vasos que habian de servir para el culto del Señor (1).

David descansó en paz, y Salomon fué ungido rey, concediéndole el Señor la sabiduría que le habia pedido, y colmándole de inmensas riquezas para que pudiese llevar á cabo la fábrica del templo con la mayor grandeza y suntuosidad. En efecto, construyóse la casa del Señor, en cuya fábrica tomaron parte los artífices de mayor ingenio y de más reconocida habilidad. Todo aquel edificio, dedicado al Dios de la santidad está cubierto de oro; piedras preciosas y escogidos metales le adornan y embellecen. El Arca santa es trasladada con la mayor reverencia, y la magestad del Señor llenó su casa. ¡Oh, qué espectáculo tan admirable! El armonioso eco de la música, dividida en dos coros, entona noche y día las misericordias del Señor, y los sacerdotes de-

(1) I Paralip. cap. XXVIII.

güellan las víctimas, cuya sangre riega el pavimento. No hay que maravillarse al observar tanta suntuosidad y grandeza, al ver que no habia en aquel lugar cosa que no estuviese cubierta de finísimo oro. El mismo David lo habia dicho: No era una casa destinada para habitacion de un hombre, sino para Dios: *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

Ahora bien, M. A. O.; si tanta magnificencia plugo al Señor se desplegase para la edificacion del templo material que habia elegido para su morada en la tierra; ¿cuál seria la riqueza, el esplendor y la magnificencia que emplearia su Omnipotencia en la fabricacion del templo vivo donde se disponia habitar por espacio de nueve meses? ¿Cuántas gracias y privilegios otorgaria á la modesta y candorosa Virgen de Judá, en cuyas purísimas entrañas habia de verificarse el gran prodigio de la union hipostática de ambas naturalezas, divina y humana, en la Persona del Verbo? David no pudo tomar parte en la fábrica del templo material, porque habia manchado sus manos en sangre; no era, pues, posible que la destinada á ser Tálamo de la Divinidad, Templo vivo del verdadero Dios, hubiese sido ni por un momento presa del pecado, y ved aquí, señores, por qué para María, solamente y sin ejemplo, se suspende el decreto que envolvía á toda la humanidad en la culpa original. María fué concebida en gracia, por especial privilegio de Dios Omnipotente, atendidos los méritos de Jesus, Salvador del linaje humano. ¡Misterio de fé, que hace rebosar nuestros corazones en las mas dulces expansiones de amor! María, Tabernáculo santificado del Altísimo, fué en su Concepcion exenta de toda mancha.

¡Quién poseyera en esta mañana la elocuencia de los Crisóstomos y Agustinos! ¡Quién fuera tan melifluo como el santo abad del Claraval, Bernardo, para narrar dignamente la magnificencia con que Dios enriqueció á María en el instante mismo de su Concepcion en gracia! Ella es aquel signo grande que viera el estático Evangelista: una mujer vestida del sol, bajo sus piés la luna, y su cabeza adornada con una corona de doce estrellas (1).

Deseando, pues, corresponder á la confianza que de mí habeis hecho, voy á haceros ver á la Santísima Virgen en el instante mismo de su animacion, como una obra admirable de la diestra del Eterno, que dispónese sea concebida la criatura mas grande en el órden de la naturaleza, y en el órden de la gracia. *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

Imploremos ante todo los divinos auxilios etc.
Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

Predestinado Jesus desde la misma eternidad para Reparador de la estirpe culpable, lo fué tambien María para que en su seno se revistiese de nuestra humana naturaleza. Asi fué ella, dice el Padre San Bernardo, la alta y digna ocupacion de todos los siglos: *Negotium omnium sæculorum.* En el mismo Paraiso fué ofrecida esta mujer venturosa, destinada á quebrantar la cabeza del dragon infernal, homicida de la raza humana (2), y el Señor que anticipadamente se complacia en

(1) Apoc. cap. XII, v. 1.

(2) Gén. cap. III, v. 15.

está obra admirable que habia de formar en la plenitud del tiempo, la da á conocer al mundo bajo los símbolos mas bellos y las alegorías mas sublimes. El arca en cuyo seno se libertara Noé y su familia del universal diluvio; la misteriosa escala que viera Jacob que apoyándose en el cielo desde el monte Moria, por ella subian y bajaban los ángeles iluminándola con celestiales resplandores; aquel monte que viera Isaias, cuya cumbre descollaba sobre las demas montañas que le circundaban: la zarza que observara Moisés presa del fuego, y sin reducirse á cenizas y otras mil figuras que pudiéramos entresacar de los libros del Testamento antiguo, no son otra cosa que representaciones anticipadas de María, como nos demuestran los Padres, con razones incontestables. Era necesario anunciar al mundo, en la série de los siglos esta obra á todas luces grande. Dios se recrea, digámoslo así, con las descripciones que de ella hace á los Profetas.

Llegada que fué la plenitud del tiempo, la época fijada en el Consistorio de la Trinidad Santísima, es concebida la feliz criatura, elegida entre todas las mujeres posibles, para Madre de Dios, y el Omnipotente agota en cierta manera los tesoros de su sabiduría y de su poder, para formarla la criatura mas grande en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia. ¿Cuáles son, señores, las cualidades que hacen grande á una persona en el orden de la naturaleza? Nobleza, inocencia y hermosura. Nadie aventajó á María en estas cualidades.

No es posible buscar en la tierra una nobleza que sea superior á la de María. Abrid sino el Evangelio de San Mateo y en su primer capítulo encontrareis los nombres de sus ilustres ascendientes. Abraham,

Isaac, Jacob, David, Salomon, Ezequias; los Reyes mas íntegros y justos, los Patriarcas mas venerables, los mas ilustres conquistadores, los capitanes mas esforzados, forman la prosapia de esta vírgen singular. En vano, pues, el impío Fausto se propone privar á María de su ilustre ascendencia. Dios dijo que daria á su hijo la silla augusta de su padre David y que reinaria en la casa de Jacob para siempre, cosa que no hubiese podido verificarse sin que corriese por las venas de María la sangre de los reyes.

Fijémonos ya en la plenitud del tiempo, en la época en que el Omnipotente formara esta obra admirable digna de su supremo artífice. Jerusalem fué el lugar señalado por Dios para la edificacion del templo material: el templo vivo, dentro del cual habia de encerrarse; el Tabernáculo donde habia de reposar, es formado en la pequeña villa de Nazareth. Joaquin y Ana, son los destinados por el cielo para contribuir á los designios de Dios en la formacion de esta obra admirable. Un ángel que se presenta á Joaquin, dice San Gerónimo, le anuncia anticipadamente el nacimiento de María, con estas notables palabras: «Entiende, oh varon de Dios, que lo que nacerá del vientre de tu esposa, no es el fruto de la lascivia, sino don especial del que me envia (1)». Es decir, que nada impuro ni concupiscible se advierte en la accion inmaculada y limpia de la Concepcion de María, llevada á cabo *cum animi et corporis tranquillitate*. En todo de ser perfecta, porque habia de ser, como escribe Tertuliano, como el trono de la Divinidad (2). Con razon la Señora esclamara un dia en presencia de su

(1) D. Hieron. Serm. de Nativ. B. M. V.

(2) Tertulianus de Baptism. cap. III.

parienta Santa Isabel: «el que me formó hizo conmigo cosas grandes, sublimes y magníficas: *Fecit mihi magna, qui potens est* (1)». Y no podía ser de otro modo, señores, si tenemos en cuenta que no se trataba de preparar habitación para un hombre, sino para Dios: *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo*. Es la doctrina de San Pedro Crisólogo, el Damasceno, San Epifanio y otros muchos teólogos.

Quiso también el Señor fuese su Madre la criatura dotada de más hermosura que existiese sobre la tierra. San Dionisio, luego que hubo visitado á la Santísima Virgen, escribe á San Pablo una carta, en la que hablándole de la celestial hermosura de la Madre de Dios, le dice estas palabras: «Si la doctrina católica no me enseñara ser uno el Dios verdadero, la hermosura y belleza de María me haría caer á sus piés, y ofrecerle el culto de latría como al supremo Númen (2)». Si como dice el célebre teólogo español, Suarez, las sagradas espresiones en que está concebido el Testamento antiguo, todas fueron profecías claras ó figuradas de María, abramos el sagrado libro de los Cantares, y fijando nuestra atención en las bellas descripciones que hace el Esposo de su amada Sulamitis, y esto nos hará comprender en algún modo las perfecciones naturales, la incomparable belleza, con que plugo al Omnipotente adornar la augusta morada donde había de habitar.

¡Cuán hermosos son tus pasos, oh hija del príncipe!
Tu cuello blanco, liso y bien formado como torre

(1) Luc. cap. I. v. 49.

(2) Esta carta, es generalmente tenida por apócrifa, pero Ferriolo prueba que no lo es, en su libro de M. Augusto, lib. V. c. 6.

de marfil. Tu nariz se levanta fuera de tu graciosísimo rostro, como la hermosa torre del Líbano que mira hácia Damasco. Tu cabeza como el Carmelo y tus cabellos como púrpura destinada á adornar los mantos de los monarcas. ¡Cuán hermosa eres y cuán graciosa, oh carísima, en las delicias! Tu estatura se asemeja á la palma. ¿Y las facciones de sus mejillas? ¡Ah! sus ojos embelesadores son de un color tan vivo y agradable, como los de las palomas de la Siria: sus lábios llenos de gracia, delgados, sanguíneos y como cinta de carmesí: sus dientes en la más debida proporción, unidos y blancos como los copos de la nieve (1) ¡Ah señores! El cedro que descuella en el Líbano, el ciprés que corona el monte de Sion, la especiosa oliva que hermosea los campos, el plátano regado por la corriente de las aguas, la... ¡pero qué digo! cuanto de hermoso encontramos en los diversos cuerpos de la naturaleza todo se reúne en María, por que ella es la destinada para reclinatorio del autor de la hermosura. Abrid cristianos, los libros del Testamento antiguo, y vereis consignadas en sus páginas de oro las bellas cualidades que adornaron á las esclarecidas heroínas del antiguo pueblo. Esthér, Judit, Sara, Débora, Abigail fueron representaciones anticipadas de María, en quien habían de reunirse todas las perfecciones. Con razón Ricardo de San Víctor, admira en María un semblante agraciado y angélico (2), y Andrés Gerosolimitano, la llama, Estatua esculpida por el Supremo Artífice (3). No es María de una naturaleza superior á la nuestra, pero Dios quiso col-

(1) Cant. cap. I. el. VII.

(2) Ricard. á S. Vict. in Cant. cap. XXVI.

(3) And. Hierosol. Serm. de Asumpt.

marla de una hermosura que no marchitó la edad.

¿Creeis por ventura que en esto solo consistió el ser María grande en el orden de la naturaleza? ¿De que hubiera servido toda la hermosura de su cuerpo, todas sus bellezas naturales, toda la gracia que hermoseara su rostro sino le hubiese acompañado un alma tambien perfecta, ricamente adornada y proporcionada á la hermosura de su cuerpo? Pues ved aqui lo que hace Dios. Cuando formó al primer hombre, exclamó: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» Al criar á María, se me representa la Santísima Trinidad exclamando: «Hagamos para nuestra amada un alma llena de perfecciones: adornémosla con grandes magnificencias, sea una obra digna de nosotros.» Así fué, señores, Dios forma un alma hermosa, para unirla á aquel cuerpo tan colmado de perfecciones. ¿Quién será capaz de comprender toda la hermosura del alma de María cuando sale de las manos de su Hacedor? ¿Quién podrá medir sus magnificencias y comprender suficientemente su belleza? Ella es la produccion mas fina, digámoslo así, del poder de Dios; que medita, que dispone, que traza esta obra admirable. Ved en ella el resúmen de las perfecciones, el centro de las bendiciones del cielo, la obra superior á cuantas ha producido la mano Omnipotente. Ya están unidas las dos partes que componen ó que constituyen el sér racional de María. Ya es la criatura mas grande en el orden de la naturaleza. Su origen es el mas noble, su inocencia singular, su hermosura incomparable, su alma llena de bendiciones: pero si á solo esto se redujese la grandeza de María, seria desde el momento de su Concepcion, esclava del demonio, por hallarse envuelta

como las demas criaturas racionales en los velos de la culpa original. Pero no; el Señor que la ha escogido para que sea su Madre, le comunica en el instante mismo de su Concepcion la divina gracia, esta preciosa participacion de la Divinidad, haciéndola por este medio, no solo la mas grande en el orden de la naturaleza, sino tambien en el orden de la gracia.

SEGUNDA PARTE.

Todos tienen parte en la culpa primera de Adán, dice San Pablo (1), todos pecaron con él; *omnes enim peccaverunt*. ¿Y esta ley general envolverá tambien á María? No: que para ella se suspende, trastornándose el orden no interrumpido desde la caída del Protopadre de los humanos. Todos los hombres somos envueltos en la red del pecado, pero María no obstante ser hija de Adán como nosotros, queda libre, singularizándose entre todas las criaturas. Todos nacemos envueltos en la muerte de la culpa, pero María no sufrirá esta muerte. Sí, Virgen purísima: no morirás: porque esta ley no ha sido establecida para tí, sino para todos los demas: *Non morieris: non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est* (2).

Si Dios hubiese formado á María sin que se originase de Adán, no habria nada que pudiese maravillarnos; pero que procediendo de una raíz corrompida, no participase de la corrupcion, es lo que no puede

(1) Ad. Rom. cap. III. v. 23.

(2) Esther. cap. XV. v. 13.

menos de arrebatarnos nuestras atenciones. Dios la crió en el Espíritu Santo (1), esceptuándola de incurrir en el pecado de origen, y derramando sobre ella toda la plenitud de la gracia santificante, y todas las otras gracias llamadas por los teólogos, *gratis datas*. ¡Qué alma tan singularmente favorecida! Ella había sido predestinada desde la misma eternidad en la mente del Altísimo, cuando no había tierra, y por consiguiente no existían los abismos. Quiso el Señor que fuese Inmaculada, para que pudiese producir al que había de salvarnos, recibiendo de ella la carne purísima y la sangre que había de verter por nuestro rescate. Oid, cristianos, á la Santísima Virgen: ella misma nos narrará sus grandezas: *Venite et videte: narrabo quanta fecit Deus animæ meæ* (2). En mí está la gracia en toda su plenitud; en mí está la gracia de la vida y de la verdad: *In me omnis gratia viæ et veritatis* (3). Sí, todo el lleno de la gracia, dice San Gerónimo, infundió Dios en María: *Mariæ tota simul se infundit gratiæ plenitudo* (4). ¡Cuán hermosa se presenta en el instante de su Concepcion!

Contempla entusiasmado el Padre San Bernardo las magnificencias, las gracias con que plugo al Eterno enriquecer el alma de la candorosa doncella de Nazareth, y esclama: ¿Qué cosa mas gloriosa que el alma de esta Niña? El Eterno Padre, se responde, hizo ostentacion al criarla de toda su Omnipotencia contra la culpa (5). Jacob y Esaú lucharon en el vientre de su madre; la gracia luchó contra la cul-

(1) Ipse creavit illam in Spiritu Sancto. Eccli. cap. I v. 9.

(2) Ps. LXV. v. 16.

(3) Eccli. cap. XXIV. v. 25.

(4) S. Hieronim. serm. de Asumpt. Virg.

(5) S. Bernard. serm. de Beat. Virg.

pa (1): pero en el vientre de la Bienaventurada Santa Ana, no hubo ni un solo instante de lucha, porque la gracia no se derramó poco á poco sobre el alma de María, sino en toda su plenitud. ¿Y cómo no había de ser así? Una mujer á quien por naturaleza y por oficio había de unirse estrechamente el Verbo Eterno: una mujer destinada para Tabernáculo de la misma divinidad, ¿había de haber sido ni por un solo instante esclava de la culpa? Imposible. ¿Cómo había de contraerla la Madre de Cristo, cuando es ella, como dice San Agustin, la Co-redentora destinada á borrarla con su sangre, que es la misma que el Redentor derrama (2)? ¿Es creible que la sabiduría eterna, entrase en un alma manchada por la culpa, y en un cuerpo infecto por el crimen (3)? Temeridad seria pensarlo, escribe San Cirilo (4): imposible es que así Dios lo dispusiese, esclama San Bernardo (5). La ignominia de la Madre, seria comun al Hijo, dice San Gerónimo (6). Si María en una palabra, hubiese sido manchada por la culpa, no hubiese sido digna de ser Madre de Dios.

No ha habido, mis señores, ni podrá existir sobre la tierra, criatura alguna que halla recibido tanta gracia como María: Santo Tomás da la razon, diciendo, que Dios concede á cada criatura la gracia, segun la dignidad á que la destina: siendo así que no puede haber dignidad alguna que sea superior ni aun que iguale á la dignidad de Madre de Dios que lleva María,

(1) Génes. cap. XXV. v. 22 y 23.

(2) August. serm. LV. de Sanctis.

(3) Sapient. cap. I. v. 4.

(4) S. Ciril. Patriarc. Alexandrin. lib. cont. Nestor.

(5) S. Bernard. serm. 13. inter 15 de cæna Domini.

(6) S. Hieronim. ad Eustochium.

resulta que ninguna puede comparársele en gracia, y por lo tanto ni en santidad. Y que esta gracia la recibió en el instante mismo de su Concepcion Inmaculada, en la que fué libre y exenta de la mancha original, es un dogma de fé, que ha declarado la Iglesia maestra y depositaria de la verdad. No podia, mis hermanos, menos de ser así, toda vez que al criar á María no se trataba de formar habitacion para un hombre, sino para Dios. *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

¿Y quién á vista de la justicia original de María, dejará de esclamar con el sábio, toda eres hermosa y sin mancha como la hija de Sion (1)? ¿Quién al fijar su consideracion en tanta belleza y hermosura, dejará de recordar aquella paloma inmaculada y perfecta, objeto de las complacencias del Altísimo? (2) María es la paloma singular, única en sus privilegios, toda santa, toda pura, toda Inmaculada, que habiendo salido del seno del Eterno, vino sobre la tierra, y encontrándola inundada por el diluvio de la culpa, eleva su vuelo al Cielo llevando en su pico la verde y frondosa oliva de la paz, como efecto de la justicia antigua. *Erit opus justitiæ pax* (3).

Reunid ahora, M. A. O., cuanto hemos dicho; la nobleza de María, que desciende por línea recta de los reyes de Israel, de los mas célebres patriarcas é ilustres conquistadores, su inocencia y la hermosura incomparable con que el Eterno la adornara: contemplad su alma tan llena de perfecciones, y la plenitud de gracia que recibe, siendo en virtud de ella libre y

(1) Cant. cap. VI. v. 7.

(2) Ibid. cap. II. v. 10.-cap. V. v. 2.-cap. VI. v. 8.

(3) Isai. cap. XXXII. v. 17.

exenta de la mancha original, y no podreis menos de comprender con cuanta razon dije que María fué la obra más grande y admirable del Omnipotente, así en el órden de la naturaleza, como en el órden de la gracia. Ella fué Tálamo perfecto, digna morada del Dios de la santidad. *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

Levantemos, pues, al cielo nuestras manos y bendigamos al Omnipotente, que no permitió que la destinada para ser Madre suya y corredentora de la humanidad, fuese manchada por la culpa original. Colmémosle de alabanzas porque con tantas magnificencias plugo adornar y embellecer el alma de María.

Y Vos, Virgen Inmaculada, Patrona escojida de las Españas, objeto de nuestro acendrado amor y de nuestra devocion constante y verdadera; rogad ante la Magestad del Señor á fin de que haga descender sobre nosotros su divina gracia, con la cual adornados atravesemos á pié enjuto el borrascoso mar de las pasiones mundanales: por vuestros ruegos y poderosa intercecion todo lo conseguiremos: estad siempre á nuestro lado, favorecednos; cubridnos con vuestro manto de piedad á fin de que llegue para nosotros el dia feliz, en que despues de haber experimentado vuestra proteccion en la tierra, en vuestra compañía, disfrutemos de las delicias del cielo. *Amen.*